

Capítulo 1

Skyler Daratrazanoff se arrebujó con el largo chal negro procurando que éste le tapara el pelo y no se le viera mucho la cara. El corazón le latía con tanta fuerza que temía que alguien cercano pudiera oírlo. Todo dependía de conseguir que el funcionario la creyera. Josef había falsificado la documentación, y él era el mejor. Podía piratear cualquier ordenador, proporcionar información u obtenerla. Ella no dudó ni por un instante que los documentos que había creado estarían en orden y superarían un examen minucioso, pero aún tenía que hacer que el funcionario la creyera.

El edificio de hojalata estaba oxidado y daba la impresión de que se caería a pedazos en cualquier momento. Un hombre salió a su encuentro con expresión seria en tanto que el ataúd era empujado por delante de ella para situarlo a la sombra del edificio. Por suerte el sol se estaba poniendo y las sombras que se proyectaban a su alrededor contribuían a hacer que fuera más difícil distinguirla con claridad.

—¿Documentación? —dijo el hombre con voz amable.

El nombre que se leía en su placa lo identificaba como a Erno Varga.

Skyler volvió la mirada al pequeño avión que la había traído al aeropuerto y a continuación le entregó los papeles al funcionario asegurándose de bajar la mirada y adoptar un gesto lloroso. Había tomado la precaución de utilizar gotas para tener los ojos rojos y lacrimosos, por si acaso no lograba representar bien su papel.

Varga examinó su documentación y levantó la vista varias veces para mirarla con ojos avispados e incrédulos.

—Eres muy joven para traer a casa el cuerpo de tu hermano tú sola.
¿No viaja nadie más contigo?

Negó con la cabeza e intentó adoptar una expresión aún más trágica.

—Mi padre ha muerto, y ahora mi hermano. —Ahogó un sollozo que fue digno de un Óscar, sin duda—. No hay nadie más para traerlo a casa con nuestra madre.

El funcionario la miró otra vez y examinó los papeles con detenimiento.

—¿Murió de un corazón roto?

Había un tono escéptico en su voz.

Skyler estuvo a punto de atragantarse.

—*Cuando te ponga las manos encima, Josef, vas a morir de algo más que de un corazón roto.*

Utilizó su conexión telepática con Josef para hacerle saber que se había metido en un buen lío.

—*Una tragedia terrible.*

Como siempre, Josef se mostró contumaz. Su tono sonaba divertido. Por grave que fuera una situación, no tenía reparos en ser malicioso.

Skyler logró mantener la compostura y asintió seria mirando a Varga.

—Se consumió cuando su chica lo abandonó. Se negó a comer. —No le quedó más remedio que seguir el hilo, aunque ello implicara tener que retorcerse los dedos con fuerza para evitar que el funcionario la viera temblar—. Es una tragedia terrible. Nada podía salvarle.

De acuerdo, incluso a ella le pareció un argumento flojísimo. Pero ¿un corazón roto? Sólo a Josef se le ocurriría algo tan dramático e increíble. ¿De qué otra forma podía explicar que había muerto porque le habían roto el corazón? En cuanto abrieran el ataúd iba a haber otra causa de la muerte, eso seguro.

Notó la risa de Josef.

—*Tú te ríes, claro. Estás a salvo en el ataúd, el hermano trágicamente fallecido, mientras yo miento como una bellaca a este hombre que podría meterme en la cárcel para el resto de mi vida.*

Sabía que Josef no permitiría que eso ocurriera. De ser necesario daría un «empujoncito» al funcionario para que la creyera. Pero ahora mismo él se estaba divirtiendo demasiado escuchando lo violenta que estaba... y Skyler supuso que se lo merecía. Le estaba haciendo hacer algo sumamente

peligroso y si salía mal él acarrearía con la culpa más que ella. Probablemente su padre lo mataría en cuanto lo viera.

—*Lo hará de todos modos* —dijo Josef—. *Me despedazará.*

—*Debería preocuparte que no sea yo la que te despedace* —amenazó ella.

—¿Cuántos años tienes? —El funcionario observó el pasaporte y los documentos con atención y luego la miró a la cara—. ¿Pilotabas tú ese avión?

Ella alzó el mentón para parecer mayor y mucho más severa. Sabía que parecía joven, pero no así sus ojos. Si el hombre la miraba directamente a los ojos, creería lo que decían esos documentos falsos. Y eran unas falsificaciones magníficas. Josef poseía muchos talentos, aunque estaba claro que inventarse historias no era uno de ellos.

—Soy mucho mayor de lo que aparento —contestó Skyler.

En parte era cierto. Se sentía mayor, y eso debería servir de algo. Había pasado por más cosas que la mayoría de las mujeres... vale, está bien, por más que la mayoría de las adolescentes.

—¿Veinticinco? —preguntó el hombre con escepticismo.

Josef había insistido en que tuviera veinticinco si iba a pilotar ese avión. Pilotar aviones le había resultado fácil y era algo que le gustaba especialmente, de manera que su padre adoptivo, Gabriel, le había permitido aprender.

—Tengo que abrir el ataúd —añadió el oficial mientras la observaba con atención.

Skyler consiguió emitir un pequeño sollozo, se tapó la boca y asintió levemente con la cabeza.

—Lo siento. Sí, claro. Dijeron que lo haría. Ya me esperaba que lo hiciera —asintió, pero irguió los hombros y la espalda con valentía.

El hombre la miró con expresión mucho más afable.

—No es necesario que mires. Quédate ahí.

Con un gesto de la cabeza, señaló una esquina del edificio a tan sólo unos cuantos pasos de distancia.

Skyler sintió un poco de pena por aquel hombre. Conociendo a Josef, sabía que éste iba a montar algún espectáculo.

—*No te atrevas a pifiarla asustándole* —le advirtió—. *Lo digo en serio, Josef.*

—No eres nada divertida. Siempre puedo quitarle los recuerdos. ¿No sería delicioso hacer una imitación del conde Drácula? He visto la película un millón de veces. Tengo el gesto y el acento perfectamente interiorizados.

Parecía demasiado entusiasmado. Le hizo falta mucha disciplina para mantener la risa alejada de su mente donde él podía leerla. Y no dudó ni un instante que Josef podía hacer una perfecta imitación de Drácula.

—Resiste el impulso. No hemos salido del bosque y no podemos permitirnos correr riesgos. Estamos en territorio carpatiano. O al menos lo bastante cerca para que pudiera haber alguien en los alrededores que percibiera la utilización de energía. Reprímete, Josef.

Él soltó un suspiro.

—Sea cual sea el resultado, tu padre me va a matar. Y va a ser una muerte lenta y dolorosa. Debería poder divertirme un poco.

Eso se acercaba mucho a la verdad. Gabriel los iba a matar a todos, pero si su plan funcionaba, bien valdría la pena.

Brindó una pequeña sonrisa de agradecimiento a Varga y se alejó del ataúd. Se quedó junto a la puerta abierta, con los brazos en torno a la cintura para estar más cómoda, y se mantuvo muy quieta mirando la creciente oscuridad del exterior. Su plan tenía que funcionar.

—Compórtate, Josef, o si no verás. Gabriel está en Londres y yo estoy aquí.

Skyler nunca había sido blanco de la ira de Gabriel, pero él y su tío Lucian eran cazadores de vampiros legendarios. El pueblo carpatiano, sumamente poderoso, susurraba sus nombres con sobrecogimiento.

—Tienes razón. —La risa burbujeaba en la voz de Josef—. ¡Qué lamentable desperdicio de un buen ataúd!

Ahora había indignación en su tono.

Skyler no sabía si iba a comportarse o no. Con Josef era imposible. Él iba a su propio ritmo. Elevó una plegaria silenciosa y confió en que todo saliera bien.

En aquellos momentos Francesca y Gabriel seguramente ya estarían despiertos y no tardarían en prepararse para volar a los montes Cárpatos. Ellos creían que estaba en otro continente, a salvo con su amiga y colega humana Maria, empleando sus vacaciones en ayudar a los granjeros de Sudamérica a construir casas e instalar riegos. Nunca les había mentido hasta entonces. Y le dolía hacerlo ahora, pero no había alternativa.

Sabía que a sus padres los habían convocado a la gran reunión entre licántropos y carpatianos para discutir una alianza entre las dos especies. Habían llamado a casi todos los carpatianos para que volvieran a su patria. Gabriel y Francesca se habían alegrado mucho al recibir su llamada desde la universidad para pedirles que la dejaran ir con Maria. No querían ni que se acercara a los montes Cárpatos.

Ella no pensaba corresponder con mentiras y traición a su extraordinaria bondad y al amor que le habían dado desde el momento en que la habían acogido en su hogar... ni pensaba en nada ni nadie salvo en Dimitri. Dimitri Tirunul era su milagro inesperado. Un hombre que superaba a cualquiera con el que hubiera soñado. Ella era humana. Él era carpatiano, casi inmortal. Ella tenía diecinueve años. Él era un antiguo, tenía siglos. Ella albergaba la otra mitad de su alma, la luz de su oscuridad. Sin ella, él no sobreviviría. Ella era su compañera eterna, su salvadora. No obstante, sabía que también era cierto todo lo contrario: Dimitri era el único que la salvaría.

Él supo que era su compañera eterna cuando sólo era una niña, y le había dado tiempo. Espacio. Amor incondicional. Nunca le exigió nada. Nunca le contó lo difícil que le resultaba el hecho de que, siendo ella su salvación, le fuera inalcanzable. Siempre había estado con ella cuando lo necesitaba, en mitad de la noche, cuando su violento pasado se acercaba demasiado y no podía dormir, cuando las pesadillas la perseguían hasta el punto de no poder respirar. Él estaba allí, en su mente, manteniendo a raya todos esos recuerdos terroríficos. Dimitri. Su Dimitri.

Dimitri estaba entre la espada y la pared con las dos especies. Los licántropos lo habían capturado y tenían intención de matarlo. Nadie había ido a rescatarlo. Se había pasado siglos persiguiendo a los no muertos para mantener a salvo a su pueblo, así como a los humanos. Había sobrevivido con honor cuando otros habían optado por renunciar a sus almas. Sin embargo, no hubo grupo de rescate. Ni cazadores que corrieran a salvarlo. Estaba malherido. Y todo esto es lo que sintió antes de que Dimitri interrumpiera la comunicación con ella para protegerla de su dolor... o de su muerte.

Dimitri era estoico con respecto a la vida o la muerte. Era un cazador carpatiano y llevaba siglos protegiendo a los inocentes de los vampiros. El linaje de Skyler era complicado pero, a todas luces, era humana. Los licántropos nunca se esperarían que una adolescente humana preparara una

operación de rescate para un carpatiano. Tenía a su favor el elemento sorpresa. Y contaba también con buenos amigos de confianza y con sus muy poderosas aunque no probadas habilidades.

Skyler tenía fe en sí misma. Conocía todos sus puntos fuertes y todas sus debilidades. Al igual que Josef, era sumamente inteligente y casi siempre la subestimaban. Creía que los licántropos la subestimarían... contaba con ello.

Por lo visto nadie empezaría una guerra por un cazador carpatiano, pero Skyler sabía que su padre iría tras ella, y que si alguien le tocaba un solo pelo de la cabeza, al mundo licántropo le esperaba una pesadilla que no podía ni concebir. No sólo iría a buscarla Gabriel, sino también su tío Lucian. Estaba convencida de que su padre biológico, Razvan, y la compañera eterna de éste, Ivory, se sumarían a la búsqueda. Ellos también eran sumamente letales. Resultaba gratificante saber que si la herían o mataban, sería vengada. Nadie, ni siquiera Mikhail Dubrinsky, el príncipe del pueblo carpatiano, podría evitar una guerra si los licántropos le hacían daño.

Alzó la barbilla. Dimitri nunca la abandonaría al peligro. Correría a su lado en cuanto supiera que había problemas; ya lo había hecho, en más de una ocasión, sólo para disipar las pesadillas cuando había tenido demasiadas seguidas. Era lo mínimo que podía hacer por él.

Contuvo el aliento y se volvió a mirar al funcionario que abría el ataúd con cautela. El féretro crujió de manera inquietante. De manera espantosa. Como en las películas. El sonido le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. La tapa se alzó lentamente y, maldito fuera Josef de todas formas, dio la impresión de que se estaba levantando sola. Varga retrocedió un paso y levantó una mano en actitud defensiva.

La tapa se detuvo y reinó el silencio. Nada se movía. Skyler oía el fuerte tictac de un reloj. Varga tosió con nerviosismo. La miró. Skyler se tapó la boca con la mano y bajó la mirada.

—*¡Josef! ¡Compórtate!*

Ella estaba entre la risa y el llanto debido a la tensión nerviosa.

Varga, con la frente perlada de visibles gotas de sudor, se acercó de nuevo al ataúd y miró dentro. Carraspeó.

—La verdad es que, para ser un hombre que se dejó morir de hambre, tiene un aspecto muy robusto.

—*Lo menos que podías haber hecho si querías que se creyera tu ridícula historia era adoptar un aspecto demacrado* —lo regañó ella.

Skyler se llevó un pañuelo a la boca.

—Los de la funeraria hicieron muy buen trabajo. Les pedí expresamente que se aseguraran de que tuviera buen aspecto para nuestra madre.

Varga apretó los labios y examinó el cuerpo. Estaba receloso, pero Skyler no sabía exactamente de qué. No había duda de que en el ataúd había un cadáver. ¿Acaso la creía sospechosa de transportar drogas? ¿Armas? De ser así, la cosa no pintaba bien para lo que ella tenía planeado. Tenía que parecer una adolescente ingenua y quizás un poco cabeza hueca.

La joven contuvo el aliento, alargó la mano hacia la tapa del ataúd y la bajó lentamente.

—¿Va a venir alguien a buscarte? —le preguntó Varga mientras cerraba bien el féretro, y echó un vistazo a su reloj—. No puedo quedarme. Tu avión fue el último.

—El amigo de mi hermano quedó en pasar a recogernos con una camioneta. Llegará en cualquier momento —le aseguró Skyler con seriedad—. Muchas gracias por toda su ayuda.

—Puedes esperar aquí —le dijo Varga con voz cariñosa—. Yo volveré dentro de un par de horas y cerraré con llave. —Paseó la mirada por el ruinoso edificio. No era más que cuatro paredes de metal, casi todas oxidadas, algunas hasta tenían agujeros—. No es que haya mucho que guardar bajo llave. —Volvió a mirar el reloj—. Esperaría contigo, pero tengo que ir a otro trabajo.

Ella le brindó una sonrisa lánguida.

—No pasa nada. En serio. Llegará en cualquier momento.

Varga la miró una última vez y salió del precario edificio dejándola allí sola con el ataúd cerrado. Skyler aguardó hasta que vio cómo se alejaba su automóvil y los faros desaparecían por completo carretera abajo. Miró en derredor con cautela. Parecía que estaba sola.

—Ya puedes dejar de hacerte el muerto, Josef —dijo Skyler en un tono que rebosaba sarcasmo. Golpeó la tapa del ataúd con el puño—. ¿Murió de un corazón roto? ¿En serio? ¿No se te ocurrió otra cosa? ¿Cualquier cosa más... digamos... realista?

La tapa del ataúd se abrió con la misma serie de crujidos siniestros propios de una película de terror que Josef había utilizado cuando la había

abierto Varga. Se hizo el silencio. A Skyler seguía palpitándole el corazón. Se asomó al ataúd y dirigió una mirada fulminante al joven que yacía como si estuviera muerto, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados. Tenía la piel pálida como la porcelana y su cabello con las puntas teñidas de azul y peinadas hacia arriba contrastaban crudamente contra el fondo blanco.

—Para ser un hombre que se dejó morir de hambre, tienes un aspecto muy robusto —dijo Skyler con sarcasmo, imitando al funcionario—. Podrías haberlo echado todo a perder con tu absurda historia.

Josef abrió los ojos de golpe, con aire teatral. Dio un falso acento a su voz mientras se incorporaba poco a poco.

—Me vendrían muy bien unas gotas de sangre, querida.

Ella le dio en la cabeza con la documentación.

—El funcionario de aduanas no se creyó que tuviera veinticinco años.

Josef le dirigió una sonrisa engreída.

—No los tienes. Apenas tienes diecinueve, y cuando Gabriel y Lucian descubran lo que hemos hecho, los dos vamos a tener más problemas de los que hemos conocido jamás. —Hizo una pausa y la sonrisa se desvaneció de su boca—. Y yo he tenido muchos problemas.

—No tenemos alternativa —declaró Skyler.

—No te engañes, Sky, siempre hay una alternativa. Y no es a ti a quien van a matar. Yo voy a ser su principal objetivo. Cuando Gabriel y Lucian vengan a buscarte, que lo harán —afirmó Josef—, te encontrarán. Si tienen reputación es por algo. Si hacemos esto de verdad, todos los cazadores carpatianos saldrán a buscarnos.

Su padre, Gabriel, era sumamente poderoso, un legendario cazador carpatiano. Su tío Lucian, el hermano gemelo de Gabriel, había contribuido a crear esa leyenda entre el pueblo carpatiano, y cuando descubrieran que había desaparecido, por supuesto que saldrían a buscarla.

—¿Y no se trata de eso? —replicó Skyler encogiéndose levemente de hombros—. Cuando se despierten y se den cuenta de que nos hemos ido, ya les llevaremos una buena ventaja. Tendríamos que poder encontrar a Dimitri.

—¿Te das cuenta —dijo Josef mientras salía flotando del ataúd— que esto podía muy bien provocar un incidente internacional? O lo que es peor, una guerra. Una guerra total.

—Tú accediste a ayudarme —repuso Skyler—. ¿Has cambiado de opinión?

—No. Eres mi mejor amiga, Sky. Seguramente Dimitri me desprecia y querría verme muerto, pero es tu compañero eterno y ha sido arrojado a los lobos, literalmente. —Josef le dirigió una sonrisa, satisfecho con su juego de palabras—. Voy a ayudarte, por supuesto. Te ayudé a trazar este plan, ¿no? Y saldrá bien.

—Dimitri no te desprecia; en realidad, se alegra de que seas mi amigo. Hemos hablado de ello. Él no es así. —Skyler le hizo una mueca—. Sabes muy bien que él sabe que te considero un hermano. Te defendería con su vida.

Josef la miró con una sonrisa burlona.

—Perdóname si yo lo desprecio un poquito. Es guapo, inteligente, un antiguo cazador y tu compañero eterno. Destruyó todos mis sueños y fantasías sobre ti. Ni siquiera me atrevo a seguir esa línea de pensamiento o él lo sabría.

Skyler puso los ojos en blanco.

—Sí, ya. Aunque sé que no piensas en mí de ese modo, Josef. Puedes ocultar muchas cosas, pero eso no. No hay ninguna fantasía ni sueños destruidos. Tu compañera eterna no ha nacido aún o... —le sonrió con picardía— probablemente sea una de las hijas de Gregori.

Josef soltó un gemido y se dio una palmada en la frente.

—Te maldigo eternamente por pronunciar esas palabras, por arrojar esa idea al universo. No lo pienses siquiera, ni mucho menos lo digas en voz alta. ¿Te imaginas a Gregori Daratrazanoff como suegro? Caray, Skyler, me quieres matar de verdad.

Ella se rió.

—Lo tendrías bien merecido, Josef. ¡Sobre todo después de poner en esos documentos que moriste porque te rompieron el corazón!

—Podría pasar. Ya sabes que soy un romántico. Dimitri cree que soy un niño pequeño, igual que todos los demás, y probablemente sea mejor así porque de lo contrario me verían como a un rival.

—Te tomas muchas molestias para que todos piensen que eres un crío —señaló Skyler con una sonrisita—. Te gusta que te subestimen. Eres un genio, Josef, y no dejas que ninguno de ellos vea tu verdadero yo. Los provocas a propósito.

La sonrisa de Josef se fue ensanchando hasta que su rostro adquirió una expresión absolutamente maliciosa. Se sopló las puntas de los dedos.

—Eso es muy cierto. No lo niego. —Su sonrisa se desvaneció—. Pero esto es muy diferente a las bromas que les gasto. Esto es muy gordo, Skyler. Sólo quiero que entiendas lo que está en juego.

—Pues claro que sé lo que está en juego.

—Tu familia es una de las más poderosas de nuestro pueblo. —Frunció el ceño—. Lo cual me recuerda... ¿por qué nunca te refieres a Gregori como a tu tío? Es hermano de Lucian y Gabriel, de modo que, técnicamente, es tu tío.

—Supongo que no lo pienso. No lo conozco. Nosotros estamos en Londres y él aquí en los montes Cárpatos, y nunca ha demostrado un gran interés por mí.

—Es un Daratrazanoff, Sky, le interesas, créeme. Si desapareces, tu familia va a salir en tu busca y estarán en pie de guerra. Toda tu familia, especialmente Gabriel.

—¿Le tienes miedo a mi padre? —preguntó Skyler.

—Tengo noticias que darte, cielo: todo el mundo le tiene miedo a tu padre, y si no, deberían tenérselo, sobre todo en lo que a ti se refiere. ¿No te has fijado en lo protector que es contigo? Tu tío Lucian es igual, si no peor, y si alguien se mete con uno de ellos o con alguno de sus seres queridos, responderá ante ambos.

Skyler se mordió el labio.

—Siento haberte puesto en esta situación, Josef. No puedo volver atrás. Tengo que encontrar a Dimitri. Sé que puedo hacerlo. Este plan es perfecto. Y ambos sabíamos que Gabriel y Lucian vendrían detrás de mí, contábamos con ello. A partir de aquí puedo seguir sola, de verdad, puedo hacerlo.

Josef rompió a reír.

—Ahora sí que has perdido la cabeza. Si dejas que hagas esto sola, entonces me matan de verdad. No, estamos aquí y tenemos que llevar esto a cabo. Creo que eres la única que podría conseguirlo. Pero, Skyler, si te metes en problemas, esto provocará una guerra de verdad. Si alguien te hace daño o te capturan, Lucian y Gabriel no van a echarse atrás. Les dará igual lo que diga el príncipe. Irán a buscarte y nadie se interpondrá en su camino. Será mejor que lo tengas presente si vas a meterte en esto.

Tienes que ser consciente de las consecuencias y estar dispuesta a afrontarlas.

Skyler apretó los labios. Prácticamente no había pensado en otra cosa desde que ella y Josef habían trazado el plan.

—Dimitri es un buen hombre. Podría haberme reclamado, haberseme llevado de mi casa y de la única estabilidad que he conocido. No podría haberme resistido a él, la atracción de los compañeros eternos es demasiado fuerte. Pero no lo hizo, Josef, y no le importó el terrible precio que tuviera que pagar por ello. No insistió en reclamarme ni en que nos uniéramos. No le tenía miedo a Gabriel. Nunca le tuvo miedo a Gabriel.

Josef hizo un gesto hacia el ataúd y la tapa se cerró con un crujido.

—Ya lo sé —admitió en voz baja.

—Sabía que yo no estaba preparada, que necesitaba tiempo para encontrarme a mí misma y superar... todo lo de mi pasado.

Skyler agachó la cabeza de manera que su abundante cabellera sedosa le tapó la cara.

—No, Sky —dijo Josef—. Somos amigos íntimos. Lo que te ocurrió no fue culpa tuya, y no deberías avergonzarte.

—No me avergüenzo. Bueno, al menos no como tú piensas. Creo que Dimitri es un gran hombre y merece una compañera eterna que pueda estar a su altura en todo. Yo aún no soy esa mujer. Quiero estar con él, siento esa necesidad casi con la misma fuerza que él. Crece en mi interior cada día.

—¿Crees que va a reprocharte el pasado? —preguntó Josef.

Skyler lo negó con la cabeza.

—No, a menudo está tan cerca que me habla por la noche cuando no puedo dormir. Hablamos mucho por las noches. Me encanta su voz. Es muy dulce conmigo, nunca se muestra exigente. Sé que para él es difícil. Siento cómo se debate, aunque al principio me lo ocultó. No puedes estar en la cabeza de alguien sin acabar viéndolo todo. La oscuridad amenazaba continuamente con tragárselo y sin embargo nunca me dijo nada, nunca intentó meterme prisa. Y desde luego no me condenaba por ser demasiado joven... y tener demasiado miedo. Dimitri no me juzga.

—Nadie te juzga, cielo —señaló Josef—. Tú eres la más dura contigo misma. Me encantó especialmente la fase en la que te teñías el pelo constantemente. Tardaste un poco en encontrarte a ti misma y sentirte cómoda con quien eres en realidad.

Skyler enarcó las cejas de golpe. Miró fijamente el pelo negro de Josef, peinado hacia arriba y con las puntas azules.

Su sonrisa era contagiosa y ponía al descubierto dos muescas iguales cerca de su boca.

—Éste soy yo. Lo averigüé hace mucho tiempo. Me gusta mi pelo con puntas azules.

—Porque nadie imaginará lo inteligente que eres. Están demasiado ocupados mirándote el pelo y los *piercings* que te pones de vez en cuando sólo para fastidiarlos a todos —lo acusó, y se rió en voz baja—. Te quiero, Josef, lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Por eso estoy aquí, Sky. Yo no tengo a tanta gente que se preocupe por mí. Si tú dices que me necesitas, vendré.

Apartó la mirada de ella.

Skyler le puso la mano en el brazo.

—Hay mucha gente que se preocupa por ti, Josef, lo que pasa es que no dejas que se te acerquen. Si le dieras una oportunidad a Dimitri, sería un buen amigo tuyo. Sé que lo sería. He hablado con él de ti muchas veces.

—Creía que no lo habías visto desde que fuiste a los montes Cárpatos.

—Consideró que era mejor que nos mantuviéramos alejados. Yo sabía que le resultaría demasiado difícil si estaba físicamente cerca de él, pero iba y venía de Londres cuando necesitaba oír mi voz.

—¿Gabriel lo sabía? —preguntó Josef.

—Seguramente. No me lo preguntó, pero me fijé en que cuando Dimitri estaba cerca, Gabriel permanecía aún más cerca, y cuando él no estaba conmigo lo estaba Francesca. Tío Lucian y tía Jaxon venían de vez en cuando. Son personas ocupadas, de modo que supe que era porque tenían miedo de que Dimitri acudiera a reclamarme.

—Pero no lo hizo.

—Por supuesto que no. Es un hombre de honor. No soy lo bastante mayor en la cultura carpatiana, lo cual es curioso porque en la cultura humana podría casarme sin problemas. Nadie lo cuestionaría.

—¿Quieres que te reclame? —le preguntó Josef con curiosidad.

Skyler se encogió de hombros.

—A veces. Sueño con él. Nunca pienso en otros hombres, ni siquiera los miro. Siempre es Dimitri. Él me llama y ni siquiera es consciente de

ello. Cuando hablamos, de mente a mente, veo cosas. Lo solo que está. Lo oscuro que es su mundo. Lo difícil que resulta resistirse a la constante atracción de la oscuridad. Soporta muchas cosas por mí. Muchas cosas por todos nosotros. Cuando caza, ahora le cuesta más. Cada vez que tiene que matar. Veo todo eso y los terribles sacrificios que hace por mí.

—Él no querría que vieras todas esas cosas, Sky —comentó Josef con dulzura—. Lo sabes, ¿verdad? Los machos carpatianos, sobre todo los cazadores, son como la piedra, unos completos guerreros, y si pensara que no te estaba protegiendo de esa sombra insidiosa se disgustaría mucho.

Skylar sonrió a Josef.

—No puedo evitar ver lo que veo, Josef. No soy exactamente como los demás. ¿Qué clase de mezcla soy? Vidente. Maga. Carpatiana en parte. Hija de la tierra. Cazadora de dragones. Veo cosas que se supone que no tendría que ver. Siento cosas que no debería sentir. Sé que casi me arrebataron a Dimitri. Lo sentí. Lo llamé. Entoné los cánticos de sanación que había oído cantar a Francesca. Encendí velas y lloré durante días cuando él estaba tan lejos que no podía alcanzarlo.

Lo miró a los ojos, dejando que viera su dolor. No había duda de que casi todo el mundo subestimaba a Josef, pero ella veía su genialidad y valoraba su íntima amistad. Podía hablar con él, contarle cualquier cosa, y él nunca traicionaba su confianza.

—Le necesito —admitió sencillamente—. Y tengo que encontrarle.

Josef le puso el brazo en los hombros.

—Bueno, hermanita, pues eso es exactamente lo que vamos a hacer. Paul debería llegar en cualquier momento. Me envió un mensaje y dijo que ya lo tenía todo preparado.

—¿Borró su rastro? ¿No te contó que una vez Nicolás tomó su sangre? Si lo hizo, puede localizar a Paul.

—Cualquiera de ellos puede localizarnos, cariño, y estarán pisándonos los talones en cuanto se den cuenta de que has desaparecido.

—Eso ya lo sé. Sólo digo que no puede pasar hasta que estemos listos. —Skylar miró otra vez el reloj—. Llega tarde.

—Su tapadera es perfecta —le aseguró Josef—. Vino volando con la familia De La Cruz y les dijo que íbamos a explorar las montañas por el lado ucraniano. Vamos a acampar durante un par de semanas. Ellos estuvieron encantados de librarse de nosotros, por supuesto, y nadie va a cues-

tionar que queramos hacer algo juntos. Durante los dos últimos años hemos hablado de ello sin parar. Ésta sería nuestra oportunidad perfecta para reunirnos, de modo que se tragaron la historia sin problemas.

Skyler soltó un leve resoplido.

—¡Pues claro que no les importa que os vayáis juntos de acampada a tierras inexploradas! ¿Recuerdas cuando quise ir a una de vuestras excursiones? Casi se hundió el mundo.

Josef se rió y apoyó perezosamente la cadera contra el ataúd.

—Gabriel se convirtió en el gran lobo malvado sólo con sugerirlo y casi se nos comió a Paul y a mí para cenar. Me sorprendió que te permitiera ir a la universidad. Ibas muy por delante de tu grupo de edad en el instituto.

Skyler se encogió de hombros.

—Durante el primer año volvía a casa por las noches. Lo necesitaba. Eso no tuvo nada que ver con Gabriel y Francesca. No sé qué habría hecho sin ellos. Los necesité mucho en esa primera época. Y la verdad es que me ayudaron muchísimo. —Las lágrimas brillaron en sus ojos—. Detesto corresponder a su amor y bondad con mentiras, pero no me dejaron elección.

—¿Intentaste hablar con ellos de Dimitri? —preguntó Josef.

Skyler asintió con la cabeza.

—Sabía que algo iba mal, que Dimitri estaba preocupado la última vez que hablamos. Hace unas semanas se marchó de pronto a los montes Cárpatos y luego luchó una batalla terrible. Noté que se me escapaba. Estaba tan lejos que a duras penas podía alcanzarlo. Cuando lo conseguí, estaba casi muerto. Podía notar cómo se desvanecía su fuerza vital. —Levantó la mirada hacia Josef—. ¿Recuerdas aquella noche? Te llamé para que vinieras a ayudarme.

—Estabas en la biblioteca de la universidad y por suerte había venido a visitarte, por lo que no estaba muy lejos —repuso Josef—, pero no me contaste lo que ocurrió. Sólo que Dimitri te necesitaba. Estabas hecha polvo.

El recuerdo de aquella noche la afectó. Dimitri había resultado herido de gravedad. Mortalmente herido. Ella se encontraba lejos de él, estudiando en la biblioteca de la universidad. ¡Qué trivial!, y la distancia debilitaba su conexión. Skyler había intentado entrar en contacto con él, consciente

de que tenía problemas, y fue a su hermano a quien encontró. Cuando alcanzó a Dimitri, éste se había quedado frío, frío como el hielo. Skyler se estremeció, pues aún sentía aquel frío en los huesos. A veces pensaba que no se lo quitaría nunca de encima.

—Su hermano estaba allí, luchando por él, siguiendo su luz que se desvanecía e intentando traerle de vuelta. Yo llamé a Dimitri y le supliqué que no me dejara. Aunque me encontraba muy lejos intenté ayudar a su hermano a que lo trajera de vuelta al reino de los vivos. Sencillamente no podía dejarlo ir.

Se atrapó el labio inferior entre los dientes y se lo mordió con fuerza. Hasta en aquellos momentos se le rompía el alma. Se llevó la mano al corazón y apretó la palma con fuerza contra el dolor.

—No puedo perderlo, Josef. Él siempre ha estado ahí para mí, desde que lo he necesitado y de cualquier modo en que lo haya necesitado. Ahora es mi turno. No voy a fallarle. Voy a encontrarle y voy a ayudarlo a escapar.

—Antes, cuando se estaba muriendo, pudiste llegar a él —se aventuró a comentar Josef con cautela, plenamente consciente de que estaba atravesando un campo de minas—. ¿Por qué piensas que ahora no puedes?

—Sé lo que estás insinuando, Josef —replicó ella con brusquedad—, y no es cierto. Dimitri está vivo. Sé que está vivo.

Josef asintió.

—Muy bien, Sky, pero eso no responde a mi pregunta. Quizá sería mejor que averiguáramos por qué no puedes llegar a él cuando ambos siempre habéis sido capaces de comunicaros telepáticamente. Tú eres sumamente poderosa. Más que algunos carpatianos. Muchos de nosotros no podemos cubrir las distancias que has podido cubrir tú. Así pues, ¿qué es distinto ahora?

Skyler lo miró con el ceño fruncido. Josef era increíblemente brillante y aunque no quisiera oír lo que decía, tenía que escucharlo. Él tenía razón. Había sido capaz de salvar grandes distancias para conectar con Dimitri, y conectarlo a él con ella. Cuando Dimitri tuvo problemas, ella lo había sabido, como también supo que había luchado en una batalla con una manada de lobos renegados y se había llevado la peor parte para darle a su hermano la oportunidad de destruir a un peligroso cruce de vampiro y lobo.

Ella había sentido el dolor de Dimitri, un dolor tan atroz que apenas la dejaba respirar. Había estado a punto de caerse al suelo allí mismo, en la biblioteca de la universidad, con aquel arrebatado de dolor que no era suyo. Había seguido aquel rastro hasta él sin equivocarse pese a que su luz se apagaba. Tras años de hablar telepáticamente, la conexión entre ellos se había fortalecido y encontró a Dimitri aunque la fuerza vital de éste se estaba consumiendo, viajando a otro reino. Josef tenía razón: Si pudo hacer eso ¿por qué no podía encontrarlo ahora? No tenía sentido... y debería habersele ocurrido pensarlo.

—Estás demasiado unida al problema —le dijo, y demostró estar tan sintonizado con ella que prácticamente podía leerle el pensamiento.

—No me gusta cuando no pienso con claridad —repuso Skyler—. Él necesita que esté al cien por cien en esto.

—Creo que eso se llama amor, Sky, por mucho que no quiera admitir que pudieras querer a alguien que no sea yo.

Josef le guiñó un ojo.

—Algo va muy mal, Josef. Lo sé. ¿Cómo pude encontrarle cuando ya estaba técnicamente muerto y ahora no?

—Quizás esté inconsciente —aventuró.

Ella lo negó con la cabeza.

—Ya lo pensé. Aun así podría encontrarle. Sé que podría. Tiene que ver con nuestra conexión. Es muy fuerte. Puedo seguirle a cualquier parte. Podía alcanzarlo cuando estaba bajo tierra, rejuveneciendo en ella.

—Imposible, Sky. Nadie puede hacer eso. Detenemos el corazón y los pulmones y no podemos movernos. Es nuestro momento más vulnerable. ¿Cómo podría estar consciente?

—No lo sé, pero cada vez que lo busco, de día o de noche, él siempre está allí para mí. Siempre. No recuerdo ni una sola vez que no pudiera encontrarle. La Madre Tierra siempre me cantaba, con una vibración que podía sentir, y sabía dónde estaba él.

—¿Les contaste a Gabriel y Francesca que podías hacer eso? ¿Podrías hacerlo con ellos? ¿O conmigo?

Skyler se puso a andar de un lado para otro y miró el reloj una vez más con impaciencia.

—No se me ocurrió contarle a nadie el cómo del asunto. Pero no, nunca intenté despertar a nadie más. Últimamente Gabriel y Francesca no dis-

ponen de mucho tiempo para estar a solas los dos, por lo que no consideré despertarles. Recurrir a Dimitri parecía lo más natural. Sabía que me necesitaba tanto como yo a él.

—Todo este tiempo creía que tenías miedo de mantener una relación con él —dijo Josef.

La sonrisa de Skyler fue triste.

—Nunca tuve miedo de relacionarme con él. ¿Cómo iba a tenerlo? Nuestra relación es maravillosa. Me trata como si fuera la mujer más maravillosa y deseable del mundo. Es inteligente, podemos pasarnos horas hablando de cualquier cosa. Es bueno y dulce. Es todo lo que una mujer podría desear en una pareja.

—Detecto un pero.

—No estoy segura de poder ser la compañera eterna que merece de verdad. La relación emocional e intelectual se me da estupendamente, pero no tengo ni idea de si puedo llegar a ser lo que él necesita físicamente. Es una cuestión totalmente distinta.

Josef meneó la cabeza.

—No te obsesiones con eso, Skyler. Ocurrirá cuando se suponga que tiene que ocurrir. Dimitri nunca deseará a otra mujer. Jamás. Te dará todo el tiempo que necesites.

—Lo sé. De verdad. Dimitri no me presionaría y nunca lo ha hecho. No es él quien está preocupado. Lo que pasa es que me pongo nerviosa al pensarlo. Quiero ser la mejor compañera eterna posible para él, pero mi cabeza aún no puede pasar a una relación física.

Miró de nuevo el reloj.

—Será mejor que Paul llegue pronto. ¿Estás seguro de que se marchó sin que nadie sospechara nada?

—Sí, está de camino. Sólo se retrasa unos minutos. Dijiste que Dimitri estaba vivo. Si lo está, lo encontraremos.

Skyler soltó aire lentamente.

—No me gusta nada todo esto. Odio el hecho de que el príncipe lo haya abandonado, junto con todos los demás.

Josef la rodeó con el brazo y la estrechó. La sonrisa se desvaneció.

—Lo encontraremos. Lo haremos.

Skyler permaneció abrazada a él un momento, tras el cual asintió con la cabeza, irguió los hombros y se apartó.

—La única explicación que se me ocurre para no poder conectar con él no me gusta nada.

—¿Cuál es? —preguntó Josef.

—Me está bloqueando. —Había dolor en su voz—. Tiene que ser eso. No hay ninguna otra explicación que tenga sentido.